

CAPUCCI, Flavio, *Josemaría Escrivá, santo*, Madrid (RIALP), 2009, 21,5 x 14,5 cm., 200 págs.

El 6 de octubre de 2002 el Papa Juan Pablo II canonizó a san Josemaría Escrivá de Balaguer. Este acto además de ser un merecido reconocimiento a la vida y las virtudes de san Josemaría para presentarlo al pueblo de Dios como un modelo a imitar en el seguimiento de Jesús, es el término de un largo proceso, en el que se hilvanan no sólo la vida, los escritos y la fama de santidad de san Josemaría, sino también el testimonio de diversas personas que tuvieron el privilegio de tratarlo y de conocerlo, entre otros, tanto los Sumos Pontífices como Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI, como también los cardenales y futuros Papas, Albino Luciani y Joseph Ratzinger. La presente obra es un interesante recorrido a lo largo de este itinerario de santidad que recorrió la causa de canonización de san Josemaría Escrivá de Balaguer. Se destacan de manera sucinta los principales puntos de la *Positio super vita et virtutibus*, así como el primer paso importante de este itinerario, es decir del momento de la beatificación. Como interesantes documentos que ayudan a reconstruir ese momento se ofrecen tanto la homilía de Juan Pablo II, así como diversas homilias de acción de gracias por la beatificación, entre las que destacan la del entonces cardenal Ratzinger y la del Prelado de la Prelatura Personal, Mons. Álvaro del Portillo. Posteriormente después de la presentación del decreto sobre el segundo milagro que llevaría a san Josemaría Escrivá de Balaguer a los altares, se hace lo propio ofreciendo también la homilía de Juan Pablo II el día de la canonización, así como el saludo de Mons. Javier Echevarría al Papa y dos de sus homilias en sendas celebraciones eucarísticas de acción de gracias. La obra ofrece finalmente diversos testimonios que acompañaron este proceso hacia los altares, así como la repercusión que este magno acontecimiento tuvo en la opinión pública. La obra en general se lee con agrado y es un valioso testimonio de la fama de santidad de san Josemaría y un vivo acicate para cada cristiano a perseverar en su propia vocación a la santidad.

María SÁNCHEZ-ANDRÉS

CHESTERTON, Hilbert Keith, *¿Por qué soy católico?*, Madrid (EL BUEY MUDO), 2009, 21 x 14 cm., 718 págs.

La literatura del siglo XX ha regalado a la cultura grandes personalidades, cuyos pensamientos y formas de transmisión de la realidad y las propias experiencias han marcado toda una generación y hasta una época. La literatura inglesa es un claro ejemplo, principalmente en cuanto al resurgimiento de la narrativa se refiere, en ella destaca Gilbert Keith Chesterton, quien en las tres primeras décadas del siglo pasado fue, en palabras de Mircea Eliade, “el ensayista contemporáneo más importante”. Hasta hace pocos años las traducciones al español de las obras de este literato inglés eran escasas, sin embargo, últimamente se ha tenido el acierto de acercar al gran público de habla castellana muchas de sus obras. En esta ocasión quien se encarga de hacerlo es la editorial “El Buey Mudo”, con una cuidada recopilación de más de ochenta ensayos divididos en seis bloques, que agrupan sus escritos más importantes sobre el hecho religioso en general y sobre su conversión al catolicismo y la propia visión de la Iglesia católica en particular. Cada ensayo refleja la especial sensibilidad de su autor en lo que refiere a la vivencia coherente de la fe con su respectiva manifestación y repercusión en la sociedad, además de una lógica certera y una crítica justa de los planteamientos del tiempo y cultura en que le tocó vivir, en su mayoría negativos sobre la Iglesia católica, especialmente lo que concierne a Roma y al papado. El hilo conductor del libro es la apología que el mismo Chesterton hace sobre su entrada en la Iglesia católica, ante todos los que ven en este acto una traición a la propia nación, una renuncia de la misma racionalidad alcanzada por el hombre ya desde casi dos siglos atrás con la ilustración o el simple desencanto de la realidad, frente a todo esto él responde claramente “mi conversión se debió a la positiva fuerza de atracción que sobre mí ejercieron aquellas cosas que no formaban parte de mi vida, y no por la negativa denigración de todas las que me había dado (p.47)”, “convertirse en católico no significa dejar de pensar, sino aprender a hacerlo (p.137)”, y así en muchos otros sitios de la obra, poniendo de manifiesto la firmeza de sus convicciones y los prejuicios de sus atacantes. El libro concluye con una reflexión del autor a partir de unas ilustraciones del vía crucis (incluidas en el libro por el editor) realizadas por un pintor contemporáneo suyo, William Frank Brangwyn, y ya en un ambiente más sereno, deja ver no sólo su sensibili-